

Aldo Torres Púa

Poesía

SONETO DEL OTOÑO



VI verso, el que cogía gavillas en estío
y que en la tierra abría los surcos para el
[grano,
hoy, Amada, quisiera desatarse en un río
y que lo recibieras tendida cual un llano.

Pero el amor no es todo. Yo no sé lo que ansío.
Llegó el otoño y tengo vacías mis dos manos.
Si no rompo la tierra, se morirá de frío
tanta semilla buena que espigará en verano.

Por eso Amada, cómo torcer el rumbo, cómo,
si ya comban los bueyes el arco de sus lomos
en el esfuerzo ciego, camino a eternizarse.

La voz de otoño sobre los campos se derrama.
Orante en las colinas, por un arado clama,
la tierra a cuyos brazos no es en vano entregarse.

ESTRELLA PERMANENTE

Voy al morir... Voy al morir, lo siento.
Puño, siembra, terreno, eternamente.
Raíz del infinito firmamento.
Pie fenecido. Estrella permanente.

No quiero hablar sino con el sereno
lenguaje sustantivo de la muerte,
raudal profundo de apariencia lento,
donde mi ser vital halló su fuente.

No es el cabo final de mi sendero.
Ella es la viva luz, el lazo fuerte.
Tiene la misma fibrazón del fuego
que penetra de orígenes mi frente.

No quiero, quiero huir... ¿Acaso puedo,
ríos de aguas intensas y fluyentes,
detener mi destino bajo el cielo.
cielo de la pupila indiferente?

Voy al morir, momento más momento.
Móvil umbral de la palabra siempre.
Vida, mi olvido, ausencia del lamento.
Carne, cenizas, flores, lentamente.

MADERAS DE MI TIERRA

Maderas, sí, maderas, maderas de mi tierra . . .
¡Oh lejana esmeralda del cielo de mi infancia!
Aquí grabó los números de tu verde asamblea,
ya despedida . . . Adioses. Sacrificio. Fantasmas.

El lingue, el roble, el peumo, el radal, la araucaria.
diente de fuego, torre, embriaguez, ternura, umbela,
y el avellano, delta de simétricas aguas,
que por el aire brinda su breve pan de estrellas.

Testigos de mis días de instinto y de batalla
por extraer el oro que en los años alienta,
cómo negarles, cómo negarles alma humana,
si en mi ser vibran todas sus reuniones secretas.

Cómo callar el nombre del ulmo que en sus altas
fábricas elabora fino licor de abejas,
y el nombre del canelo, tienda de piel sagrada,
donde la historia muerde el pezón de la leyenda.

¡Oh lejana esmeralda del cielo de mi infancia!
Helechos viboreznos. Tanta raíz sedienta.
Luma legal y fuerte domadora del hacha.
Tomo fluvial. Y savias siempre en la línea recta.

Pellines pudorosos, que desnudan las sierras,
todavía me duelen y abrasan vuestras lágrimas.
Y pienso en los estíos, y en sus crueles hogueras,
y en la ceniza en donde los trigos se derraman.

Maderas, sí, maderas, maderas de mi tierra...
Que vuelen vuestros nombres, en mis frágiles alas,
en previsión del día implacable en que muera,
¡oh lejana esmeralda del cielo de mi infancia!